

José Arcos

La
piedra
número
siete



© Editorial Independiente

© José Arcos

Primera edición: febrero, 2015

Segunda edición: marzo, 2020

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©

www.marcreativos.com

Refinamiento del texto definitivo: Iván Martínez Hulin ©

Corrección: Lydia Rodríguez Mata

www.correccionesdeestilo.es

Editorial Independiente

Ediciones Literarias Independientes, S.L.

www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-944114-2-7

Depósito Legal: MA 249-2015

P.V.P: 20,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

Capítulo primero

Un papel hecho terapia

Málaga, 20 de octubre de 2013

Una agradable tarde de otoño, en la misma ciudad que lo viera nacer hacía cincuenta y dos años, se encontraba Juanjo en la que era su habitación predilecta de la casa. En aquellos veinticinco metros cuadrados se hallaba toda la literatura que su mujer y él habían conseguido reunir en los más de treinta años que llevaban juntos.

Su mala memoria le llevó a elaborar una lista con los libros leídos. Era muy capaz de entregarse dos veces al mismo ejemplar y mantenerse expectante hasta el final de la historia, como si fuera la primera vez que se sumergía en su lectura.

Por ser persona bastante ordenada, disfrutaba sobremanera cuando le tocaba realizar la limpieza de la biblioteca. Le encantaba coger cada libro y quitarle el polvo acumulado. Aprovechaba la ocasión para hojearlos levemente mientras los apilaba en la mesa central para, una vez pasada la gamuza por el estante correspondiente, volver a colocarlos milimétricamente, encuadrados de modo que ningún lomo distorsionara la simetría de la balda que tenía asignada.

Disponía también de un pequeño ordenador portátil donde había instalado un programa que le permitía llevar el control de la biblioteca. El número de ejemplares era suficiente como para verse obligado a utilizar una base de datos, aunque fuera básica, cuando deseaba localizar un título en concreto.

Hacía unos días, decidió reorganizar unas cuantas estanterías. Deseaba cambiar de ubicación los libros más antiguos, de manera que no quedaran tan expuestos a la luz, que entraba a raudales por la única ventana de la estancia. En ello estaba aquella tarde, con un buen montón de ejemplares sobre el escritorio, cuando tomó entre sus manos, casi reverencialmente, uno de los volúmenes. La encuadernación del libro apenas mantenía unidas las páginas. Con un rápido movimiento que delataba al usuario experto, fue hasta la página que contenía la información editorial. Se trataba de una primera edición, fechada en 1927, de *Reguero de Luz*, en la colección “La novela mundial”, cuyo autor era J. Aguilar Catena. Lo estaba hojeando, con cuidado de no deteriorarlo aún más, cuando le llamó la atención lo que parecía una cartulina, no demasiado gruesa, que se encontraba doblada por la mitad entre las páginas centrales. Al desdoblarla, apareció la imagen en blanco y negro de un Cristo crucificado, desdibujada en algunos puntos por la pátina sepia que confieren los años al papel fotográfico antiguo.

En el margen inferior izquierdo, con un tamaño de letra apenas visible si no se empleaba una lente de aumento, se podía leer: *Huecograbado Fournier.- Vitoria*. En el centro del mismo margen, con unos caracteres de mayor tamaño, la siguiente leyenda: **Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas (MENA)**. Justo debajo de este texto, en tamaño un tanto menor: *Patrono de la Legión. Parroquia de Santo Domingo. MÁLAGA*. ¿Patrono? Qué curiosa errata. El Cristo era protector de la Legión, todo el mundo lo sabía.

Juanjo se quedó pensativo con la imagen extendida sobre el teclado y la mano derecha acariciándose el mentón.

—¿Qué hace esto aquí? —se interrogó en voz baja, a sabiendas de que estaba solo en casa y nadie iba a contestar.

No necesitaba leer la inscripción para reconocerlo al instante. Sin lugar a dudas, se trataba del famoso Cristo de Mena, desaparecido en los funestos incendios de edificios cle-

ricales entre los días 11 y 12 de mayo de 1931. A su padre le tocó vivirlos de cerca, por la proximidad de su casa al templo donde sucedieron los hechos. Él le había contado varias veces la historia de lo acontecido en aquellos días, dejando entrever su absoluto rechazo ante cualquier tipo de violencia. Jamás olvidó la sensación de pánico que sintió al contemplar el fuego y el humo salir de las dependencias de la iglesia, y así lo relataba.

A Juanjo siempre le interesó mucho lo sucedido en aquel periodo histórico concreto en que daba sus primeros pasos la Segunda República española. Leyó algunos libros que trataban el tema con mucha precisión y, además, se servía de internet como vehículo rápido de información veraz, si se sabía buscar en las páginas adecuadas, claro estaba.

Por mucho que le intrigara la imagen hallada en el viejo volumen, aún le quedaba trabajo por hacer, así que continuó con la tarea que se había propuesto para esa tarde, dejando a un lado la estampa y cogiendo un nuevo libro que colocaría en el estante adecuado. Una vez anotado el cambio de ubicación del título en la base de datos, se levantó y lo llevó a la estantería. Al pasar junto a la fotografía del crucificado, esta se vio arrastrada por el rebufo, cayendo al suelo del revés. Juanjo se agachó para recuperarla y, cuando la recogió del suelo, la luz de la lámpara de mesa incidió oblicuamente sobre el reverso de la cartulina, dejando entrever unas manchas muy parecidas a las que deja una goma de borrar sobre el papel. En principio, no le concedió importancia y la colocó de forma vertical, apoyada sobre otros libros, como si fuera un cuadro pequeñito, y continuó con la clasificación de los tomos.

Tras una hora realizando esta tarea, le apeteció tomar algo y se acercó a la cocina a preparar un café. Abrió la cafetera, la llenó con agua hasta la válvula y colocó el filtro que, después, rellenó con el café molido. Lo colocó al fuego y consultó el reloj de la cocina con un rápido vistazo. Mientras el café subía, le daría tiempo a clasificar un par de libros más. En ello esta-

ba cuando el gorgoteo de la cafetera indicó que el café estaba listo. Cuando volvió de la cocina, taza en mano, observó que la estampa se había ido resbalando hasta quedar en posición horizontal sobre la mesa.

–Parece que quieres llamar la atención –recitó en voz baja y la recolocó nuevamente, apoyada por la base, sobre unos libros.

Mientras disfrutaba del humeante café a pequeños sorbos para no quemarse los labios, se entretuvo observando la fotografía fijamente. Con los codos apoyados en la mesa y la taza a la altura de la boca, los cristales de las gafas que llevaba puestas se empañaron levemente, lo justo como para ofrecer una imagen distorsionada del crucificado. Por un instante, ante esta visión, rememoró la historia que su padre le contara y, viendo el humo de la taza delante de la fotografía, un pequeño temblor le recorrió la espalda. Se imaginaba a sí mismo encaramado al muro del río Guadalmedina, que hacía calle con el convento de los dominicos, apiñado, entre la muchedumbre, sintiendo el calor sofocante que expelían sus ventanas y la gran humareda que se elevaba al cielo desde los tejados del templo.

No quiso seguir pensando en ello y retomó lo que estaba haciendo. Con el rabillo del ojo, miraba de vez en cuando la imagen del crucificado. La labor que se traía entre manos era bastante rutinaria, por lo que a su cerebro le quedaba un hueco para pensar en la estampa a la vez que ordenaba los libros. Lo cierto es que la talla era admirable. Cuando el imaginero finalizó la obra, dijeron de ella que era el mejor crucificado que se había tallado en España. Se apreciaba una estructura anatómica exquisitamente perfecta. Aun siendo una fotografía en blanco y negro, se notaba que la policromía no caía en la exageración sanguinolenta de otras esculturas similares, pero sí que se podían apreciar los regueros de sangre de los brazos, la herida del costado derecho y algunos hilachos que recorrían el pecho hasta llegar al paño de pureza del Cristo, el cual es-

taba esculpido de una forma magistral. Era una obra de arte en sí mismo, compuesto por un sencillo cordón trenzado que sujetaba una tela de color claro, que apenas sí tapaba de forma casual la zona genital del crucificado. Además, dejaba ver la desnudez de la cadera izquierda, dotando a la obra de una humanidad impresionante. Los pliegues y dobleces del tejido tenían una calidad artística tan perfecta en su ejecución que le conferían la apariencia de una tela auténtica.

Era un fastidio que la fotografía estuviera tomada de frente, porque no dejaba ver la cara ni los ojos del Cristo con claridad, aunque no era difícil suponer que se encontraran entrecerrados. A Juanjo siempre le gustó mirar a los ojos de las personas y, por descontado, también a los de Dios. De cualquier forma, la cabeza de la imagen estaba girada levemente a la derecha y se hundía entre los hombros con gesto abatido. La barba se clavaba materialmente en el pecho y los mechones que daban forma al cabello gozaban de unos perfiles definidos hasta el paroxismo de la perfección.

Juanjo pensaba que, por alguna razón, le gustaba que no tuviera ni potencias sobre su cabeza ni corona de espinas en la frente. La ausencia de estas lo convertían en un sencillo ser humano, torturado y clavado en una cruz.

Observando el conjunto de la talla, se sentía el desvanecimiento de un cuerpo carente de tensión en los instantes posteriores a la muerte. Ya no se apreciaba sufrimiento en el hombre que, sin duda, fue mortificado hasta la extenuación.

Según las narraciones históricas, el Nazareno sufrió varias caídas hasta llegar al lugar de su ajusticiamiento, el Monte Calvario, también llamado Gólgota o de la Calavera. Por lógica, estas caídas producirían una serie de excoriaciones e hinchazones en sus rodillas. Las manchas de las rozaduras que aparecían sobre las articulaciones de la talla asemejaban dos grotescas caras, perfectamente definidas, que a Juanjo le recordaban sendas calaveras.

No es que él fuera un profundo estudioso en materia de esculturas, por lo que no se atrevía a ofrecer una explicación, aunque sí le resultaba hermoso especular. Seguro que, si continuaba investigando en esta línea, encontraría alguna aclaración. Con toda probabilidad, el único capaz de desvelar la incógnita sería el propio Pedro de Mena, aunque contar con la opinión del fotógrafo también hubiera sido interesante. Desgraciadamente, en el año 2013, lo uno y lo otro resultaban imposible. No, no había posibilidad. Este pensamiento fugaz le llevó de nuevo a recrearse en la imagen, que tiraba de él con un magnetismo especial que no sabía definir.

La fue a cambiar de lugar cuando reparó en algo que atrajo su atención. En la parte trasera de la estampa había un texto manuscrito a lápiz que apenas resultaba legible. Solo identificó unos números bastante claros que parecían corresponder a una fecha (mes de mayo) y lo que parecía ser una cifra: un 12 o quizá un 13 tan borroso por el paso de los años que era difícil de discernir. Decidido a averiguar el contenido del escrito, dejó la cartulina en la mesa para limpiar bien las gafas de cerca y verlo un poco mejor. Una vez bien lavadas con agua y jabón y ya colocadas, pareció adivinar, también en las manchas grisáceas, una pequeña marca. Se fijó más atentamente y observó que, en algún momento, hubo escrito algo en esa zona. Con la imagen en sus manos, cambió el ángulo de visión varias veces, pero no consiguió descifrarla. ¿Qué se ocultaría bajo aquella vieja tachadura? La curiosidad le pudo. Buscó la lupa de sobremesa y, ¡ah, sorpresa!, pudo distinguir ciertas trazas en el papel: las marcas que deja un lápiz después de haber escrito algo en un material con la textura de la cartulina, que era la base de la estampa.

La imagen de varias películas y otros tantos relatos literarios se le vino a la mente. Casi todo el mundo sabe a estas alturas que, si se pasa un lapicero de mina blanda o un carbocillo suavemente por la superficie escrita y borrada poste-

riormente con una goma, poco a poco irá apareciendo en bajorrelieve lo que en su día fue escrito en el papel. De modo que cogió un lápiz para pintar la superficie de la mancha. Cuando iba a proceder, una duda le asaltó, paralizando su mano... La única imagen de este crucificado que recordaba aparecía en una enciclopedia de Semana Santa. ¿Y si el azar había querido que esta fuera una de las pocas originales que se conservaban? La intuición le decía que así podía ser, de manera que hizo una consulta rápida por internet en los foros cofrades para averiguar si alguien disponía de una copia igual a la suya. La respuesta no se hizo esperar y todas apuntaban a la mencionada enciclopedia o a páginas web de contenido cofrade. Lo curioso era que, visitando esas páginas, no encontró ninguna igual a la que obraba en su poder. Era cierto que aparecieron otras, tomadas desde distintos ángulos, una de ellas incluso en su trono procesional, pero la que Juanjo tenía en su mesa no fue capaz de encontrarla en la red.

Aunque no le concedió mayor importancia, el hecho le sirvió para poner en valor la estampa, por lo que empezó a tratarla con sumo cuidado, concluyendo que no la sometería a ningún proceso que pudiera dañarla.

Así pues, intentó localizar por la casa un trozo de papel del que se usa para los patrones de costura, de modo que no pasaría un lápiz por la cartulina, sino que lo haría sobre dicho papel, con la certeza de que desvelaría lo escrito en el mismo sin manchar el reverso de la estampa. Recordaba haber visto un retazo abandonado en algún cajón. Una vez localizado, lo extendió sobre la cartulina y lo sujetó con unos libros bastante voluminosos, situándolos en las cuatro esquinas para que el papel de transferencia no se moviese.

Con extrema delicadeza, fue pasando un lápiz recién afilado por la zona grisácea del borrón. No ocurrió nada. Un tanto decepcionado, pensó que igual la mina del lápiz era demasiado dura o estaba excesivamente afilada. Cambiando la

ubicación del papel de seda, repitió la operación con el lápiz en una posición diferente, más inclinado, de manera que no se clavara, pero continuó sin obtener resultados.

No lo pensó dos veces y abandonó la vivienda en busca de la papelería más cercana para procurarse un juego de lápices con varios grados de dureza. Al final, acabó en una papelería técnica alejada de su casa. Allí encontró un lápiz del tipo 2B.

Con los nervios agarrados a la boca del estómago, entró en casa y, apenas se hubo cambiado de ropa para estar más cómodo, se situó frente a la lámina que le estaba trayendo de cabeza desde hacía bastantes horas.

Recolocó la cartulina y el papel con objeto de repetir la acción usando una zona aún immaculada. Primero suavemente, luego con un poco más de firmeza hasta que, por fin, unas letras borrosas pero lejanamente identificables comenzaron a aparecer en la zona que estaba sombreando.

Los nervios se apoderaron de él. Estaba excitado ante el descubrimiento, ante la idea de que su descabellado plan de calco tuviera resultados. Intentó serenarse. Se apreciaba claramente una letra *M*. Luego, unidas a esta primera, *adrugada del 13*. En renglón aparte, se podía leer muy difusamente lo siguiente: *en el puerto buque la Habana*, y un poco más abajo, *contraseña medrano*. Eso era todo.

Leído de corrido se interpretaba:

*Madrugada del 13
en el puerto buque la Habana
contraseña medrano*

Juanjo no sabía qué pensar. En principio, la frase no le decía nada, pero lo que le dejó intrigado de verdad es que quien lo escribiera en su día se esforzara tanto por borrarlo después. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Y lo de “contraseña medrano”? Al menos, daba que pensar. ¡Contraseña! ¡Una contraseña...!

¿Contraseña para qué? Que él supiera, solo se usaban contraseñas para verificar algo. Sin querer, ya estaba echando a rodar su mente elucubrada.

Contraseña medrano... ¿De qué le sonaba ese nombre?

–¡Claro! ¡Qué cabeza la mía! –exclamó en voz alta excitado. Medrano era el segundo apellido del autor de la obra: Pedro de Mena y Medrano.

Ahora estaba claro. Seguro que se trataba de una coincidencia... o no...

Medrano... ¡Medrano! No se lo podía quitar de la cabeza. Medrano. Medrar también significaba prosperar, florecer, etc. Medrano sería entonces el que medra, el que prospera, el que mejora, el que asciende, el que florece...

José Arcos

La
piedra
número
siete



Nota

El libro en su formato de papel se encuentra en su segunda edición y consta de 344 páginas.